

¡no es así como yo desearia á la compañera de mi vida!

—Ya lo sé, hijo mio, dijo tristemente la Marquesa: sé que no es esa jóven la que te conviene, y tampoco es así como yo desearia la mujer á quien debes unir tu destino: ¡pero paciencia! tu padre fué quien así lo dispuso, y solo él puede, desde el cielo, desatar el nudo con que te enlazó á Amelia, y que para tí debe ser sagrado: no hagas tú nada por tu parte para romperle, hijo mio: tu deber es respetarle... no faltes jamás á tu deber; porque si el cumplirlo te causa pesares alguna vez, si le encuentras rudo y amargo, á lo ménos te dejará una satisfaccion que nadie ni nada podrá arrebatarte: la de tener la conciencia tranquila y pura de toda mancha: ese es el mayor de todos los consuelos: la más positiva de todas las dichas de la tierra: obra bien, ¡y sea lo que Dios quiera!

—¡Gracias, madre mia! exclamó Fernando besando la mano de la Marquesa: ¡bendita sea tu palabra, que me consuela y me sostiene cuando mi valor desfallece: tú eres, no solo mi mejor amiga, sino tambien mi ángel tutelar!

—Soy, hijo mio, dijo la Marquesa, una buena madre, y nada más.

IV

Las cuatro de la tarde serian del dia que siguió á la noche en que Camila se vió obligada á acostarse, y en que tuvo lugar cerca de su lecho la conversacion precedente entre su madre y su hermano.

Doña Escolástica se hallaba pomposamente sentada detrás de su mostrador, ataviada con su traje lila y su pañuelo de tul blanco.

El ramo de flores habia sido renovado, pues una florera que se ponía á la esquina con su cesto de ramilletes, sabia que debia llevar cada tres dias uno nuevo.

Imposible parecerá á mis jóvenes lectoras que una mujer que amaba las flores fuese tan egoista y tan dura: pero es el caso que Doña Escolástica amaba todo lo que le era agradable, y las flores no tenian para ella otro mérito que regalarle el olfato y la vista.

Isabel, sentada en una silla baja, se hallaba en el comedor repasando la ropa atrasada.

La pobre jóven nunca habia sido feliz: pero desde hacia algunos dias se sentia tan desgraciada, que solo tenia fuerzas y pensamiento para rogar á Dios que se apiadase de ella.

Habia enflaquecido de una manera increíble: rodeaba sus ojos un círculo amarotado, producto del excesivo y fatigoso trabajo á que habia tenido que entregarse sin descansar de su viaje.

Humillada su dignidad por la precision de estar allí, no sabia qué hacer, y meditaba tristemente sobre su suerte, cuando oyó la voz de la tendera que gritaba:

—¡Ciriaco! ¡tú aquí ya! ¿cómo has vuelto tan pronto?

—Como que ya acabé mi negocio, respondió ásperamente una voz que nada tenia de dulce.

—¿Y lo acabaste bien ó mal?

—No ha podido ser peor.

—¡Pues ha sido bien empleado el viaje!

—Mira, ahora déjame de letanías, y lo primero, que me dé la criada chocolate y un vaso de agua de naranja.

Doña Escolástica fué bruscamente á la puerta de la escalera, y llamó:

—¡Isabel!

—¡Qué! ¿ya hay otra criada? preguntó Don Ciriaco: mujer, tú las mudas como camisas.

—¡No, que aguantaremos que no sepan dónde está su mano derecha! dijo la tendera, que tenia muy mal humor.

Isabel apareció en aquel momento en la puerta que daba á la tienda.

—Muchacha, dijo el esposo, házme el chocolate: y como la mirase al mismo tiempo, se quedó estupefacto y lleno de asombro:

—¡Qué! dijo á su mujer: ¿es esta la criada que has buscado?

—No por cierto, respondió Doña Escolástica: es una que te ha enviado tu hermana.

—¿A mí?

—Justo: hé aquí la carta que trajo: ¿pero tú qué haces aquí? ¡anda á hacer el chocolate!

Si Don Ciriaco se habia quedado admirado á la vista de Isabel, cuya belleza y distincion eran tan notables, ésta no lo quedó ménos al ver la extraña figura del amo de la casa.

Era un hombre muy alto, muy flaco y muy pálido: su cara parecia, por lo delgada, cortante: sus ojos se escondian casi del todo bajo unos gruesos párpados: su boca enorme llegaba casi

á las orejas y estaba enteramente desprovista de dientes y muelas.

Algunos cabellos grises caían muy pegaditos sobre su frente y sienes: era, en fin, en todo y por todo, el reverso de la medalla de su esposa, cuya gordura la convertía en una bola de campanario, y cuya boca estaba armada de una igual y bien conservada dentadura.

En tanto que Isabel volvía á subir sonriéndose, á pesar de su tristeza, al recuerdo de la figura del recién llegado, éste se había calado sus espejuelos, y leía atentamente la carta de su hermana Ursula, la antigua ama de llaves de la pobre Doña Bibiana.

—Y bien, dijo el tendero: aquí solo dice mi hermana que la tengamos hasta que busque su acomodo: ¿desde cuándo está?

—Desde ayer.

—¿Y no ha buscado nada aún?

—No por cierto: á ella la han buscado.

—¿Quién?

—Una hermana de la Caridad, á quien creo ha conocido en el viaje, porque acompañada de ella vino aquí.

—Pues, hija, es preciso que se vaya: lo que presté no me lo han devuelto, ni esperanzas: es-

tamos muy mal, y no podemos mantener bocas.

—Pero hombre, repuso la tendera: si ella ha de ir á servir á otros, justo es que se quede aquí, porque yo necesito una criada que haga las cosas.

—Pues yo no sé cómo será: esa de ningún modo nos conviene, porque tiene trazas de muy señorita: yo te digo que estamos muy mal.

—¿Entonces de qué te sirve traer mal género para darlo tan barato?

—De nada: porque la gente no viene.

—¡Claro está! ¡ese es tu gobierno! primero dando dinero á troche y moche á gente que no sabes si te lo devolverá, y que no te lo devuelve: ¡y luego quieres andar con miserias!

—¡No me quemes la sangre! ¡porque si suelto la lengua!...

—¡Habla, habla! ¿qué tienes que decir de mí, hombre sin cabeza?

—Muchas cosas; y entre ellas, que solo piensas en regalarte y en hacerte la señora.

—Para eso traje mi buen dote.

—¡Gran dote! ¡veinte mil reales que te dió tu padre el zapatero!

—¡Grande ó pequeño, tú lo has malversado,

que entiendes tanto de negocios y de medrar, como yo de celebrar de pontifical!

—Tú gastas en comer cuanto se gana: pero es en comer tú sola.

—¡Y tú das el dinero á quien quieres y á quien yo sé!

—¿Qué quieres decir?

—Que has prestado á la carnicera de Toledo ocho mil reales: ¡á la buena moza! ¡qué! ¿crees que lo ignoraba? Si yo como, tú...

—¡Escolástica!

—¡Y despues traes el género peor; y en vez de ganar lo perdido, la gente se va á otra parte, y hace bien! ¡si más valía echarse á un pozo que casarse con ciertos hombres! ¡ay, mi posadero de la calle de Segovia!

—¡Mira, Escolástica, que voy á hacer una barbaridad!

—Nunca haces otra cosa.

—¿Pues y tú, qué haces de bueno? Vivir á lo señora, siendo solo la hija de un zapatero remendon y la mujer de un tendero de ultramarinos: pagar una criada cara y lujosa, que nos roba para comprarse galas, y sostener peinadora y costurera: estarte todo el dia sentada, pensando en qué golosina idearás para que te la

hagan para comer, y freirme la sangre cada domingo, hasta que voy á buscar billetes para la Zarzuela.

—Es que ya me he cansado de ser tonta, y de trabajar en casa para que tu derroches, y lo des por ahí.

—¿Trabajar tú? ¿sabes acaso?

—Más de lo que debía.

—En fin, acabemos la cuestion: esa jóven se va hoy mismo con la música á otra parte.

Al mismo tiempo que el esposo decia estas palabras, Isabel entraba en la tienda llevando en un plato una jicara de chocolate para el recién llegado.

Este, al verla, le dijo:

—Jóven, esta misma tarde saldrá Vd. de mi casa.

—Está muy bien, caballero, repuso Isabel, en cuyos ojos brilló una ráfaga de alegría.

—¿Quién la trajo á Vd.?

—La superiora de las hermanas de la Caridad del hospital general.

—¿Y cómo se le avisará? porque basta que haya Vd. venido recomendada por mi hermana para que yo no consienta que haga Vd. de criada en mi casa, ni he de dejarla ir sola por ahí.

—Eso sería imposible, caballero, repuso la jóven: nunca he estado en Madrid, y no sabría...

—Pues avíese Vd. en un momento; voy á buscar un coche, y yo mismo la llevaré en busca de esa hermana.

—¡Eso es lo que tú querías! exclamó exasperada Doña Escolástica: ¡si en ver á una mujer te vuelves loco! ¡coche! ¡como si la señorita no pudiese ir á pié!

—¡Por mí, á pié iremos! dijo Isabel, colorada como una grana, de vergüenza.

—Niña, deje Vd. á mi mujer que está loca: Vd. es recomendada de mi hermana, y como á tal la trato: además, veo que no lleva mantilla: ¿no la tiene Vd.?

—No señor, respondió Isabel: en casa de mi tía me ponía una de mi prima...

—¡No serán mala tía y mala prima! gruñó Doña Escolástica.

—¡Mujer, cállate, por Dios! vamos, ahora mismo vuelvo.

Don Ciriaco salió, é Isabel se acercó á despedirse de Doña Escolástica, empezando á expresarle su gratitud por todos los favores que le debía.

—Déjeme Vd. en paz, repuso la tendera de

muy mal humor: mi marido no la quiere en casa porque presume quizá que Vd. merece otra posicion más...

—¡Señora, que dice Vd.! exclamó Isabel.

—¡Sí, sí, hágase Vd. la santita!

—¡Ea ya estoy aquí! dijo la voz de Don Ciriaco al mismo tiempo que se detenía el coche á la puerta: suba Vd., niña.

Isabel, que ya tenía su paquete bajo el brazo, subió al carruaje que partió al instante.

—Yo no sé como le sufro estas cosas al bribon de mi marido, exclamó Doña Escolástica, que, en pié en el umbral de la puerta, gesticulaba furiosamente.

—¿Qué sucede, señora? preguntó la zapatera de enfrente: ¿ha llegado Don Ciriaco?

—¡Ojalá no hubiera venido!

—¿Pues qué sucede? ¿llegó malo?

—Sí, de alma: ¡á bien que esa jamás la tuvo buena, sino atravesada!

—¿Pero qué dice Vd.?

—¡No lo sé: porque estoy sin juicio! ello es que se ha ido con la chica que tenía en casa.

—¿Don Ciriaco? ¡Ave María! ¡él que parecía tan bendito y tan inocente!

—¿Bendito? ¿él bendito? gritó furiosa la ten-

dera: ¡lo que él es un valiente taimado, eso sí! luz de la casa ajena y oscuridad de la propia! estos son los peores: ¡todo se lo gasta malamente! y pudiendo estar como el pez en el agua, estamos poco ménos que por puertas.

—Poco más, murmuró una de las vecinas: esa casa va á dar un trueno.

—¡Ea, mujer! repuso otra: ¡no será lo que dice!

—Es más; como dice el dicho, á río revuelto ganancia de pescadores: lo mismo debe pasar entre estas gentes iguales á nosotros, que entre los grandes señores: á río revuelto ganancia de pescadores, y no hay quien me saque de ahí.

—¿Pero qué pescadores ganan aquí? ¿me lo querrás decir?

—¿Qué pescadores? Las personas á quienes el marido da ó presta: los tenderos, á los que la mujer compra las galas que no debia llevar, y las golosinas que no debia comer: porque como no hay paz, ni se quieren, ni viven como Dios manda, cada uno hace lo que le da la gana, y la casa lo paga.

—Lo que es eso es verdad: no habiendo paz, nadie medrará.

—Como que de la union nace la fuerza, opi-

nó Antonio el zapatero, que era muy liberal, como suelen serlo todos los zapateros.

—¡Ay, Dios! ¡que podian estar estas gentes nadando en pesetas! dijo su mujer: solitos, sin hijos: si tuvieran cinco, como los cinco diablos que yo tengo, ¿qué habian de hacer?

—Doña Escolástica se pierde por la manía de echársela de señora: tiene una criada cara, planchadora, costurera, y todo lo que hay que tener: y como jamás da vuelta á ver lo que hacen, cada una tira por su lado: y ella es la que paga, ó por mejor decir, su casa: á los criados no se les puede dejar de la vista, porque se valen de la ocasion.

Los vecinos, despues de estas juiciosas reflexiones, cansados ya de hablar, se metieron cada uno en su casa: entonces la tendera viéndose sola, se entró en la tienda, y, para distraerse, tomó una novela sentimental de Alejandro Dumas, hijo.